



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

FERNANDA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

I "ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Corría el mes de mayo de 1835, y hacía uno de esos alegres días de primavera en los cuales los habitantes de París no condenados á perpetuidad en ella empiezan á despoblarla afanosos por gozar del hermoso y fresco verdor que, en nuestra tierra, viene tan tarde y se va tan presto.

Una mujer de cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años de edad, de rostro en el que aun se descubrían restos de notable belleza, de compostura que indicaba el gusto más exquisito y ademanes que de todo en todo revelaban las costumbres aristocráticas, estaba de pie en la escalinata de una deliciosa casa de campo situada al extremo de la aldea de Fontenay-aux-Roses, mientras un blasonado coche arrastrado por dos alazanes claros se detenía delante del primer peldaño de dicha escalinata.

—¡Ah! por fin ha llegado V., mi querido conde, exclamó la dama, dirigiéndose á un caballero que frisaba con los sesenta, el cual saltó del estribo á los escalones con ligereza afectada, y salvó cuan rápidamente pudo el trecho que le separaba de aquélla. ¡Le aguardaba á V. con tanta impaciencia! Esta es la décima vez que, en el espacio de una hora, salgo para ver si V. llegaba; se lo juro.

—Tan pronto me han entregado el billete de V. he mandado enganchar, mi querida baronesa, dijo el conde

besando galantemente la mano de su interlocutora, y he dado una buena reprimenda á Germán por no haberme despertado tan luego lo han traído.

—Más valiera hubiese V. reprendido á Germán por no habérselo entregado antes de conciliar V. el sueño, porque el billete lo mandé anoche.

—¿De veras? dijo el conde; pues figúrese V. cómo nos sirven. Hasta esta mañana, á las ocho, hora en que ha entrado en mi dormitorio, el tunante no me lo ha entregado. Ya ve V. que no he perdido tiempo; apenas son las nueve. Pero heme aquí, querida baronesa; disponga usted de mí, estoy á sus órdenes.

—Bien está. Despida V. á sus criados y al coche: se queda V. con nosotros.

—¿Cómo se entiende, me quedo con ustedes!

—Sí, y dese V. por avisado.

—¿Durante todo el día?

—Y la noche y mañana por la mañana. Ya se lo decía á V. en mi billete, mi querido conde; necesitamos absolutamente de V.

Por mucho que fuese el dominio que sobre sí ejerciese el señor de Montgiroux,—que así se llamaba el conde,—no pudo reprimir un gesto involuntario. En efecto, acababa de acordarse que era día de Ópera; pero disimulando como pudo la contrariedad que no podía haber previsto ni le era posible ya rehuir, imaginó llamar al punto en su ayuda algún subterfugio con auxilio del cual salir honrosamente del apuro.

—Mi buena amiga, dijo, siento en el alma no poder complacerla á V.; lo que me pide es imposible de toda imposibilidad; hoy estamos precisamente á viernes, 26, y mis compañeros de cierta comisión á que pertenezco me están aguardando; se trata de la ley que vamos á discutir.

—Ya la discutirán sin V., mi querido conde; un par menos equivale á un provecho más para la nación. Aquí se trata de la dicha particular, única cosa importante en la época actual, en que, imitando á los demás, debemos ser egoístas. Venga V., venga á ver á nuestro paciente.

—Pero mi querida Eugenia, exclamó el señor de

Montgiroux haciendo un gesto de impaciencia todavía más expresivo que el primero, yo no soy médico.

El tono con que el conde había proferido esta exclamación indicaba por modo demasiado vivo su mal humor para que pasase inadvertido á la perspicacia de una mujer. Así es que la señora de Barthele tomó un ademán serio y repuso:

—Señor conde, se trata de mi hijo, del esposo de su sobrina de V. ¿comprende? de nuestro Mauricio.

—¿Luego no se encuentra mejor? preguntó el de Montgiroux con acento suavizado del todo.

—Ayer todavía temíamos que su enfermedad no fuese mortal.

—¿Válgame Dios! lejos estaba de imaginar que su situación inspirara verdaderas inquietudes.

—Porque hace ocho días que no le hemos visto á V., ingrato, dijo la baronesa en són de reproche; porque nadie sabe qué es de V.; porque ahora es menester que le escribamos cuando queremos tenerle á nuestro lado un minuto; y aun este minuto discurre discutiendo el tiempo que permanecerá V. entre nosotros y la hora de volverse.

—Pero en fin, ¿qué tiene ese querido muchacho? preguntó el conde.

—Al principio era sencillamente una melancolía, que á no tardar degeneró en languidez y luego en aversión á todo, hasta que por último y no obstante nuestros cuidados, la fiebre se apoderó de él, y tras la fiebre el delirio.

—Es extraordinario en un hombre, dijo el conde con ademán pensativo. ¿Y qué puede haber originado esa melancolía?

—Tranquílcese V., ahora conocemos la causa y le curaremos. El médico, que á más de talentoso es sagaz, se ha comprometido á salvarle. ¡Salvarle! ¿comprende usted, amigo mío, cuánto júbilo encierra esta palabra para el corazón de una madre?

—¿Luego ha desaparecido todo peligro? preguntó el conde.

—Lo que digo es que ayer no quedaba esperanza alguna, y hoy la alentamos, respondió la baronesa, que

comprendió la intención de Montgiroux; pero precisamente esta mejoría hace que necesitemos de V. Voy pues á dar las órdenes necesarias, porque V. se queda.

El conde tomó de nuevo su ademán meditabundo, y replicó:

—¡Quedarme! ya le he dicho á V. que me era absolutamente imposible.

—Caballero, repuso la señora de Barthele, ya sabe usted que en casos semejantes sólo es imposible lo que no queremos hacer. Ea, hable V.; ¿qué tiene V.? ¿en quién está V. pensando? ¿qué le preocupa hasta el extremo de que la vida de nuestro hijo se haya convertido para usted en asunto de importancia secundaria?

—No, mi querida amiga; V. exagera mi denegación, la cual, por otra parte, no lo es, respondió gravemente el digno personaje; no busco sino conciliar su deseo de usted con mi deber. Vamos á ver, ordene V. que nos preparen la comida para más temprano que de costumbre; partiré á las siete, y si durante la velada mi presencia aquí es absolutamente indispensable, estaré de vuelta á las diez y media lo más tarde. En verdad, querida baronesa, le juro á V. que es menester concurren circunstancias tan importantes como las en que me encuentro...

—Ni una palabra más sobre el particular, interrumpió la señora de Barthele; está dicho, convenido y acordado, y antes de poco va V. á comprender por sí mismo cuán necesaria es aquí su presencia.

—Pero si no se trata de necesidad, mi querida Eugenia, continuó el conde con acento de rancia galantería, sino de su deseo de V. Yo siempre quiero cuanto V. quiere; esto le consta perfectamente.

La señora de Barthele contestó con una mirada del todo serena á su interlocutor, el cual, volviendo al tema de su secreta preocupación, preguntó cuánto tiempo, con exactitud, se necesitaba para trasladarse á París.

—Con mis caballos y Saint-Jean, quien, como V. sabe, les respeta demasiado para fatigarlos, empleo cincuenta minutos para ir de aquí al palacio; es así, continuó la baronesa, que ustedes se reúnen en el Luxemburgo, ¿no es eso?...

—Eso es.

—Luego todavía adelanta V. algunos minutos.

—En este caso hagamos otra cosa, dijo Montgiroux; no incomodemos á Saint-Jean ni á sus caballos. Le cedo á V. todo el día de hoy y hasta mañana al mediodía, y en cambio me deja libres tres horas de la velada.

—Toda vez que así lo quiere V., fuerza es que acceda; pero en verdad, conde, que si yo fuese joven y me sintiese propensa á los celos...

—¿Qué?

—Confieso que la eterna preocupación que le domina á V. me haría pasar un día muy triste.

—¿Yo preocupado?

—Hasta el extremo, mi querido conde, que no me dirige V. pregunta alguna ni parece experimentar la más mínima inquietud cuando Clotilde y yo estamos verdaderamente desconsoladas y el peligro que existía ayer, se lo juro á V., está muy lejos de haber desaparecido del todo.

—Perdóneme V., mi querida amiga, contestó Montgiroux casi sin oír; pero esa nueva ley tiene la culpa; nunca, hasta al discutirla, he comprendido con tanta viveza la responsabilidad que pesa sobre un par del reino.

—¡Del reino! repitió la señora de Barthele con ironía; ¡del reino! Algunas veces se le escapan á V., mi querido conde, palabras bien chuscas. ¡Usted llama á Francia un reino! ¡Lo que puede la costumbre! Ea, sigame V., víctima desdichada; si hubiese V. imitado á Chateaubriand y á Fitz-James no se vería en semejante aprieto.

—Señora, repuso gravemente Montgiroux, un verdadero ciudadano se debe ante todo á Francia.

—¿Qué palabra ha proferido V., mi querido conde? ¡Un ciudadano! Verdaderamente hace V. progresos en el lenguaje moderno. Vaya, vaya; como acaezcan dos ó tres revoluciones más por el estilo de la última, no desespero de verle á V. morir jacobino.

Como hemos dicho, esta conversación la sostenían la señora de Barthele y el conde de Montgiroux en las gradas de la quinta de la primera. Era la quinta esta un elegante edificio situado al extremo de la aldea de Fon-

tenay-aux-Roses, del lado del bosque, y ocupaba una posición pintoresca en grado sumo. Con todo, la magnífica perspectiva que desde dichas gradas se gozaba, no había merecido ni una sola mirada del conde, por más que, en su admiración por la hermosa y variada campiña que se extiende desde el bosque de Verrieres hasta la torre de Montlhery, tuviese la costumbre de detenerse á contemplarla; y eso que el sol de mayo resplandecía en el vallé y hacía brillar cual espejos los tejados de pizarra de las lindas y blancas casas que en los alrededores de Sceaux salpican una alfombra de esmeralda.

El conde estaba, pues, preocupado, y aquel panorama bucólico no ejercía influencia alguna en él, antiguo pastor del Imperio, que conociera á Florián, adoraba á Delille, y había cantado, apoyado en la silla de brazos de la reina Hortensia: *Partant pour la Syrie, y Vous me quittez pour voler à la gloire*. En efecto, la Ópera anunciaba para aquella noche misma un nuevo baile en el cual debía danzar la Taglioni, y aunque, según él, la danza voluptuosa y aérea de nuestra silfide hiciese echar menos la nobleza que convirtiera á la Bigottini en reina de las bailarinas pretéritas y futuras, no quería faltar á semejante solemnidad. Para excusar su partida, había dado la fútil excusa de una trascendental conferencia de los pares de su fracción, y su mal disimulada contrariedad, sin embargo de sus costumbres parlamentarias, demostraba que un interés personal vivamente excitado justificaba *in petto* su mentira. Lo que ahora conviene saber es si semejante interés era pura y simplemente por aquella primera representación, ó si á la afición al arte coreográfico se unía algún otro sentimiento más material. Esto es lo que va á demostrarnos lo porvenir.

Ínterin, la señora de Barthele, después de la especie de convenio estipulado entre ella y el conde de Montgiron, había hecho seña á éste de que la siguiese, y al través de las revueltas de un corredor, por cierto muy familiar á ambos, le condujo hacia el aposento del enfermo; pero en el instante en que iban á penetrar en él, de un gabinete contiguo salió una joven, la cual, después de cerrerles el paso y llevarse un dedo á los labios, dió

á su mirada una expresión de temor y de importancia, y dijo:

—¡Silencio! está durmiendo, y el médico ha encargado sobre manera que nadie turbe su sueño.

—¿Duerme? repuso la señora de Barthele con verdadera expresión de alegría maternal y sin embargo conteniendo su explosión.

—Á lo menos lo creemos así: ha cerrado los ojos y parece menos agitado; pero aléjense ustedes, por favor se lo ruego, pues el ruido más leve puede desvanecer su sopor.

—¡Pobre Mauricio! dijo la señora de Barthele ahogando un profundo suspiro. Ea, obedezcamos; véngase usted al salón, querido conde; una vez el médico ha ordenado, carecemos de voluntad. Por otra parte, é ínterin esperamos verle, departiremos; ¡tengo que decirle á V. tantas cosas!

El conde hizo con la cabeza una seña de asenso, y él y la señora de Barthele se encaminaron al aposento indicado por ésta.

—Tío, dijo la joven con acento lleno de tristeza y de suave reproche, ¿no me da V. un beso?

—¡Cómo! ¿no te vienes con nosotros? repuso el conde dándole un beso en la frente.

—No, le estoy velando desde este gabinete, y al primer suspiro que se le escape, á lo menos me encontraré cerca de él.

—No le abandona un segundo, añadió la señora de Barthele; ¡está admirable!

—Pero ¿no podrias enviar por el médico, Clotilde? Á mi se me alcanza algo de fisiología y quisiera celebrar con él una entrevista.

—De buena gana, tío; á no tardar estará aquí.

El conde besó de nuevo á su sobrina, y después de haberla alentado en su devoción conyugal con algunas palabras de ternura, siguió á la señora de Barthele.

Pero, antes de continuar, digamos quiénes son los dos personajes de esta historia á los cuales acabamos de hacer entrar en escena. Luego les hallaremos de nuevo en el salón hacia el que se encaminan en este instante.

El señor de Montgiroux era, allá por los años de 1835, hombre que frisaba en los sesenta, es decir que, nacido en 1775, había sido un lechuguino del Directorio y un don Diego del Imperio. En dichas dos épocas, y también después, habíasele ponderado grandemente por su porte elegante y el hechizo de sus modales; conservando, de los floridos días de su juventud, una dentadura magnífica, un talle que, visto por la espalda, no carecía de primor, y sobre todo una pierna bien proporcionada, que en defecto de los calzones, continuaban dibujándola unos pantalones ajustados y de color suave. Lo mucho que cuidaba de sí, su tocado sencillo, pero perfectamente en consonancia con su elevada estatura y con su corpulencia, sus elegantes y siempre embetunadas botas, y sus guantes indefectiblemente ajustados y flamantes, le daban de pronto una como juventud otoñal, un brillo de que la señora de Barthele estaba orgullosa por la razón que el lector no tardará en conocer; y por último, realzaban todavía más las cualidades personales de que acabamos de hacer mérito, su cuna, su representación social y sobre todo su cuantiosísima hacienda.

Por lo que respecta á las facultades de la inteligencia, procuraremos enumerarlas con la misma imparcialidad que acabamos de hacerlo tocante á sus dotes físicas.— Aunque Montgiroux pertenecía á la fracción de los que, en la cámara de los pares, nadie les mienta, por la sencilla razón de que nada dicen en ella, con todo no hay que aventurar juicio, pues semejante silencio no obedecía á ineptitud parlamentaria, sino única y exclusivamente á un cálculo de egoísmo. Hase dicho «que las palabras se las lleva el viento y los escritos quedan». Aquí hay error, ó más bien el proverbio es en Francia anterior al establecimiento del gobierno constitucional. Al contrario, nada permanece hoy con más firmeza que las palabras, por insustanciales que sean; porque las palabras se estenografían por centenares de miles de ejemplares, se clasifican, se ponen en reserva, y reaparecen al cabo de uno, dos ó diez años, como los héroes de las tragedias antiguas á quienes las gentes creían muertos, y que de improviso salen de sus tumbas para hacer palidecer á

aquellos que les habían olvidado. Esta era pues la razón única y exclusiva por la cual el conde de Montgiroux no hablaba nunca, en la tribuna, se entiende, porque fuera de ella todos le reconocían esa elocución fácil de nuestros hombres de Estado, que consiste en dejar caer de los labios un chorro de palabras de cierto calor que constituirían la elocuencia si de tiempo en tiempo borbollasen contra un argumento ó se precipitasen de las alturas de una idea. Por otra parte, hombre tan deferente por cortesía como por prudencia, el de Montgiroux había hallado cómodo y tal vez ventajoso no oponer nunca obstáculo alguno, pertenecer á todas las mayorías y vivir en paz con todo el mundo. Consejero de Estado en tiempo del Imperio, diputado cuando el gobierno de Luis XVIII, par de Francia durante el reinado de Carlos X, su egoísmo de tranquilidad y el orgullo que le infundía su representación le hacían dar valor á la sonrisa de los hombres que ocupaban el poder, sin embargo de lo cual nunca dió ocasión á que pudiese calificarse de servil su obediencia, ni, por ende, clasificarlo entre sus compañeros en la turba de ministeriales de baja estofa que acuden á mendigar un sitio en una de las pobres comidas de la calle de Grenelle ó del bulevar de los Capuchinos. No, Montgiroux, en general, no acataba más superioridad que el poder real, existiese por esta ó por la otra causa, fuese de derecho divino ó de exaltación popular; pero en cuanto á los ministros, como en resumidas cuentas nuestro par de Francia era uno de los contados señores,— me veo obligado á hacer uso de esta palabra, ya que nuestra lengua carece de la equivalente á *gentlemen*;— como era, decíamos, uno de los contados señores que quedaban en Francia, les trataba de potencia á potencia, y en ocasiones de superior á inferior; si comía en casa de ellos, era porque ellos comían en la de él, en cuyas circunstancias les daba lecciones de gusto y de fastuosa sencillez; conservaba siempre cierta apariencia de libertad, porque no necesitaba cosa alguna, nunca solicitaba nada, y se abroquelaba con la necesidad de conservar su independencia para negarse á atender al cúmulo de peticiones que asedian á un hombre de Estado; en una

palabra, pertenecía á la numerosa clase de personajes políticos que creen haber cumplido con su deber al transigir con la opinión dominante, é imaginan hacer algo en pro de la patria no irrogándola perjuicio.

No paraba todo aquí: acostumbrado á ejercer sobre cuantos le rodeaban una como superioridad que arrancaba de la época en que los atractivos de su juventud y de su fortuna le habían creado en la sociedad la auréola de lindo don Diego que convirtiera al conde de Orsay en rey de los lechuguinos de ultramar, había llevado á los negocios públicos la solemnidad permanente de la representación. Tenía conciencia de su elevada posición social, y sobre todo, lo que es todavía más importante, conservaba la actitud que á ésta correspondía. Era, si así podemos expresarnos, par de Francia de pies á cabeza. En el tribunal, ocupaba admirablemente una silla de brazos, y aunque á primera vista nada le diferenciaba de sus compañeros de nueva creación, al ver del acusado era hombre de importancia suma y su opinión debía ejercer grandísimo influjo. En efecto, con sólo mirarle se sentía la dignidad de la magistratura suprema. Votaba con una elegancia que se había hecho proverbial: en una palabra, era uno de esos hombres de fuste, tan raros hoy, que al par que se amoldan á lo presente, conservan la tradición; así es que para todos los grandes actos en que sobre todo se trataba de la exhibición personal, fuese para una diputación, ya para un entierro, ó bien para alguna fiesta pública, siempre su nombre salía de la urna. En cuanto al vestir y á la etiqueta, servía de norma á la mayoría, y en un tris estuvo como por su influjo no se votó la ley del uniforme, ley que pareciera tan aristocráticamente fuera de propósito á los miembros de la cámara baja, como por equivocación llamaba Montgiroux algunas veces á los diputados. Escrupuloso en las más ínfimas particularidades de la vida, sabía llevar el respeto á los fueros sociales hasta el extremo de dormir con los ojos abiertos en la Cámara, ó en un salón si así se ofrecía. En cualquiera tertulia que las circunstancias le sorprendiesen, ora honrase él con su presencia la morada de Dupín, ya el rey le concediese la

honra de recibirle, poseía en el más alto grado el difícilísimo arte de tratar á cada uno según el estado en que la suerte le colocara ó la categoría que había conquistado, y sabía emplear desde el respeto hasta la indiferencia, pasando por lo grave, modulando las notas de la gama de la cortesía en inteligentes combinaciones cromáticas, variando hasta lo infinito las inflexiones de la voz y los epítetos, pasando con arte indecible del rendimiento prestado al respeto recibido, de la súplica á la protección; siempre cortés, nunca afectado, ora rayando en la lisonja, ya en la impertinencia. Asumía á la vez, aunque en pequeñas dosis, algo de Richelieu y de Fitz-James; en definitiva era, como había dicho un día cierto príncipe que hubiera pasado por el hombre más talentoso de Francia de haber osado demostrar talento con todos, una bonísima conserva de noble; y sabido es que durante la época del año en que no hay, ó escasea mucho la fruta, es una gran dicha hallar conservas. Empero, donde sobre todo valía la pena que un hombre observador estudiara á Montgiroux, era en casa de la señora de Barthele. Hacía unos veinticinco años que entre los dos existían profundísimas relaciones de amistad, relaciones no ignoradas de nadie y que una larga tolerancia del barón de Barthele había hasta cierto punto legitimado á los ojos de la sociedad. En vida del señor de Barthele, citábanles como modelo de amantes, y una vez muerto éste, se les mencionaba como prototipo de virtudes conyugales. Nada sin embargo había sido legitimado por el matrimonio; y aun las gentes se admiraron de que á la muerte del barón no hubiese habido una aproximación social entre los dos antiguos amigos; no que la señora de Barthele no hubiese un día dado á entender algo sobre el particular al conde, si bien impulsada, apresurémonos á decirlo, más por influjo extraño que por iniciativa propia. Pero á semejante insinuación, Montgiroux había respondido ingenuamente como Chamfort: «También, como usted, he pensado en ello, mi querida amiga; pero, si nos casamos, ¿adónde diablos iré á pasar las veladas?» Respuesta por demás comprensible en un hombre que desde hacía veinticinco años las pasaba fuera de casa.

Pues bien, en las tertulias con la baronesa, cuya dilatada intimidad debiera haber inducido á Montgiroux á la familiaridad, el noble conde fué siempre el par de Francia, esto es, el hombre aparatoso, hasta tal extremo la costumbre había creado á aquella organización predestinada una segunda naturaleza bajo la cual desaparecía la primera, lo mismo que ciertos manantiales tienen el privilegio de ocultar bajo una capa de piedra las plantas, las flores y aun los pájaros que pasan algún tiempo en sus aguas.

Por lo que respecta á la señora de Barthele, era el carácter más diametralmente opuesto al del conde; y tal vez la larga intimidad que les uniera había permanecido incólume, únicamente por la incomprensible ley de los contrastes, en la cual nadie creería de no ver continuamente ejemplos patentes de la misma. Á los veintidós años, es decir, mayor de edad y libre de obrar como más bien le pluguiese, casó por conveniencia con el señor de Barthele; pero una hora antes de firmar el contrato, solicitó celebrar una entrevista con su futuro esposo, á quien, después de indicarle que tomara asiento en una silla de brazos preparada para el caso, habló de esta suerte:

—Caballero, nuestros procuradores respectivos van á casarnos para dar fin á un enojoso pleito. Usted no siente por mí amor alguno, y yo por V. la más mínima voluntad. Lo que vamos á firmar es una transacción, provechosa para V., ya que con ella se gana la administración de una renta de sesenta mil libras. Mis padres han mostrado deseos de que se efectuase esta boda, y yo patentizado el mayor respeto hacia las órdenes de mis padres, como es costumbre hacerlo así en mi familia; pero debo prevenirle á V. una cosa, y es que desde hace mucho tiempo amo al conde de Montgiroux, que de él soy correspondida, y si con él no estoy casada, débese á un obstáculo único, á un inveterado odio de familia que no han podido vencer todos mis ruegos. No pudiendo pues ofrecer á V. mi amor, ni queriendo reclamar el de usted, pero sí anhelosa de merecer á lo menos su aprecio, sepa V. que nada en el mundo será parte á romper una intimidad que cuenta ya un año de duración y que

iniciada á impulsos de irresistible afecto, debe continuar á despecho de su tiranía de V., si es que V. pretende ejercerla, ó por su benevolencia, si no quiere pasar hoy por el disgusto de un rompimiento, ó por el escándalo de una separación mañana. Le queda á V. todavía una hora para reflexionar; elija V.

Barthele, que era hombre á la antigua y estaba educado en las condescendientes tradiciones del siglo XVIII, y nada ignoraba de cuanto atañía á Montgiroux, en lugar de incomodarse contra la señorita de Valgenceuse, —que tal era el apellido que de soltera llevaba la baronesa,—le agradeció, al contrario, muy mucho su franqueza, y dándole las más expresivas gracias por la libertad en que le dejaba, confesóla que, por su parte, también estaba ligado por un compromiso que le costaría mucho romper. Todo pues, como en *Cándida*, había ocurrido para bien en el mejor mundo imaginable, y dos aposentos completamente separados revelaron á los padres, bastante inquietos de las consecuencias de semejante alianza, que entre los nuevos esposos reinaba la armonía más perfecta.

Ahora bien, como las atenciones de que Montgiroux rodeaba á la baronesa no podían sino mortificar al marido, la gente, al advertir que éste nada hallaba que censurar, imitó la indolencia del marido y fué del parecer de los amantes; porque la sociedad sabe siempre cuanto ocurre, tanto si ha habido como no interés en ocultarle un secreto.

Al año de matrimonio, la señora de Barthele dió á luz un niño, y el barón recibió las enhorabuenas que le dieron como hombre á quien colmara de felicidad el tener un heredero de su nombre. Redobló sus atenciones para con su mujer é hizo educar al niño bajo su vigilancia, pues de ningún modo quiso que abandonara la casa natal y fuese á perder en un colegio el barniz aristocrático que siempre conservan en un joven la enseñanza á domicilio y la presencia de los padres. Mauricio había sido, pues, educado con tiento sumo, tal cual antiguamente se educaba á los nobles, por un ayo, y bajo la dirección de los esposos Barthele.

Por fin, al cabo de quince años de una unión tan perfecta que no había experimentado nunca el menor trastorno y en sociedad era citada como un modelo, la señora de Barthele, á consecuencia del fallecimiento de su marido entró en el paraíso de la viudez, sin haber tenido que sufrir, como entonces se decía, el purgatorio del himeneo. La baronesa lloró muy pasaderamente al difunto, á quien echaba de menos como se echa de menos un amigo sincero. Entonces fué cuando una de sus allegadas, la señora de Neuilly, que no cesara de envidiar la dicha de su prima, le sugirió la idea de contraer segundas nupcias con el conde de Montgiroux, idea que el par de Francia rechazó tan filosóficamente como hemos visto. La situación, pues, había quedado tal cual lo pasado la creara, excepto las inevitables injurias de la edad. Lo porvenir, tiempo de la esperanza, día tras día había ido abriendo arrugas, pero no acarreado decepciones. Montgiroux se fué poniendo canoso, pero gracias á la habilidad de su peluquero, que le teñía el pelo á las mil maravillas, nadie hubiera sospechado semejante. El cuerpo de la señora de Barthele había engruesado, pero la baronesa tenía una modista que la vestía como más bien no podía exigirse. En una palabra, cada año indudablemente trajo consigo doce meses más; pero si los amantes habían ido envejeciendo para los otros, para ellos mismos no, y esto era lo que importaba al caso.

Pronto los del corazón se estrecharon más todavía con un lazo de familia. Mauricio había cumplido los veinticuatro, y Clotilde los diez y siete. Jóvenes los dos y educados juntos, al parecer se llevaban profundo afecto, y largo tiempo hacía que respecto de ellos se habían forjado proyectos de matrimonio, á los que ni uno ni otro se opusieron al participárselos. Semejante matrimonio era conveniente bajo todos conceptos, ya que reunía las dos fortunas. Los amigos de la familia recibieron pues, á lo mejor, una esquila en la que se les participaba el casamiento de Carlos Mauricio de Barthele con la señorita Clotilde de Montgiroux.

Los novios partieron para Italia, de la que visitaron las principales ciudades, y á su regreso determinaron

pasar el invierno en el palacio de la calle de Varennes, cuya propiedad debía Mauricio al casamiento del señor de Barthele, y el verano en la quinta de Fontenay-aux-Roses, que Clotilde heredara del vizconde de Montgiroux, su padre, hermano menor del conde del mismo título.

II

Clotilde había sido educada en la quinta de Fontenay-aux-Roses; pero quien hubiese visto en 1835 esta elegante propiedad, y comparádola á lo que era tres años antes, de seguro no la hubiera conocido; del mismo modo que si el vizconde de Montgiroux hubiese recobrado la vida, á duras penas habría podido hallar en la moderna quinta el menor vestigio de su antigua morada. Al parterre, simétricamente dibujado y rodeado de pequeños setos de boj, había sustituido una vasta alfombra de césped, al extremo de la cual y en un estanque de agua cristalina, bogaban dos hermosos y argentados cisnes. Las altas paredes, cuyas espalderas proveían antiguamente de riquísima fruta la despensa, no interceptaban ya la vista de la campiña, y habían cesado de aprisionar á los habitantes; pero en el sitio que ocuparan se veían zanjas y setos vivos que defendían un encantador jardín, en el que, por otra parte, los aficionados á lo ajeno no habrían hallado sino flores. Cierta que uno había dejado de encontrarse en su casa, como decían todavía algunas veces, al visitar á la joven pareja, los ancianos aficionados á la clausura patriarcal y á las habitaciones francesas en la acepción del siglo XVIII; pero en cambio se encontraban también en la ajena, pues la mirada, no hallando ya barrera, desde el jardín se extendía hasta los prados y de éstos á los campos. Con sujeción á los dibujos de un paisajista que demostró conocimiento perfecto del lugar, y bajo la dirección de Mauricio de Barthele, que desapiadadamente sacrificara el albarico-

que, el albérchigo y el abridero á la perspectiva que ofrecían la torre de Montlhery, que ahora resaltaba sobre el fondo azul del llano, y las blancas casas desparramadas por el verde valle, el arte de jardinería moderno había, á despecho de los partidarios de Le Nôtre, cambiado por completo el aspecto del jardín: desaparecieron las bóvedas de verdura artificiales, los sitios descubiertos tapáronlos con bosquecillos, animaron los trozos áridos con jarrones de flores, y abriéronse perspectivas admirablemente variadas.

También el edificio había experimentado modificaciones no menos importantes: no ofrecía ya el aspecto patrimonial de lo que antiguamente llamaban un castillo, sino adquirido la apariencia de risueña quinta adornada con sus gradas, á las que se subía entre dos filas de jarrones de porcelana del Japón, cubiertos de flores siempre frescas y sin cesar renovadas. Dichas gradas conducían á una antesala al estilo del renacimiento, con vidrieras blasonadas, tapizada de cuero de Córdoba de color oscuro realzado con arabescos de oro, é iluminada de noche por una lámpara gótica de exquisito gusto, que, con ayuda de tres cadenas doradas, bajaba del centro del techo, y á ambos lados de la cual pendían dos recipientes parecidos destinados á contener flores. En esta antesala había tres puertas interiores que conducían: la primera á un comedor que á su vez comunicaba con un salón y luego con un estudio; la segunda á una sala de billar contigua á un invernadero, y la tercera á un pasillo que rodeaba toda la casa y al que el arquitecto diera anchura suficiente para convertirlo en una especie de galería en la que habían colocado los retratos de familia. En esta galería se abrían gran número de puertas que comunicaban con todas las piezas de la planta baja.

En el comedor, artesonado de roble y con las paredes tapizadas de damasco verde, no se habían ocupado sino en el bienestar: los asientos eran cómodos, ancha y larga la mesa, y los aparadores, de forma sencilla, estaban atestados de plata labrada y de porcelanas de China. En una palabra, el arte había cedido la primacía al regalo, de tal suerte, que sólo se veían en la mencionada pieza

sendos lienzos de caza de Geofredo Jadin en los dinteles de las cuatro puertas que en ella había.

Por lo que hace al salón, amueblado á la inglesa, con divanes, grandes sillones á lo Voltaire, confidentes y taburetes, estaba tapizado de damasco de color de violeta con flores azules, y del centro del techo pendía una araña gigantesca labrada por Girom, conforme á un dibujo de Feucheres; los muebles y los cortinajes eran de tela igual á la tapicería.

La sala de billar tenía la forma de tienda de campaña gótica, y en los cuatro tableros principales veíanse trofeos de armas de cuatro siglos.

Las piezas que hemos enumerado, sólo estaban separadas entre sí por elegantes cortinas.

Al proceder á la resurrección de la casa de Fontenay, Mauricio había reservado para dormitorio de su joven esposa el que habitara su bisabuela, dormitorio que, gracias al carácter conservador de la familia, había permanecido tal como lo decoraran bajo el reinado de la Pompadour. Era un gran aposento cuadrado con una alcoba ancha como una capilla regular, en la que se veía una cama descomunal colocada de lado. Sólo las colgaduras antiguas, que eran de raso color de rosa y plata, habían sido sustituidas con otras lo más adaptadas posible al gusto de la época. Todas las molduras existían: únicamente hubo necesidad de dorarlas de nuevo. Los muebles eran los mismos, aunque con tapices flamantes; los dinteles de las puertas, de Boucher, no habían sufrido menoscabo, y con barnizarlos otra vez recobraron su primitiva frescura; en los ángulos se veían sendas consolas esculpidas, de malísimo gusto; los espacios que iban de ventana á ventana, los llenaban preciosas anaqueleras de palo rosa, y sobre gruesas alfombras, que al pisarlas parecían el césped de un jardín, había gran número de sillas y sillones. En una palabra, este aposento, absolutamente al estilo del siglo XVIII, parecía la habitación de alguna princesa que al influjo de una mala hada se hubiese dormido en 1735 y despertádose cien años después.

Contiguo á este aposento había de un lado un segundo

salón que daba á las habitaciones de la señora de Barthele, y del otro las de Mauricio, únicamente separadas de las de su mujer por un gran gabinete tocador.

Las habitaciones del joven, de estilo tan severo cuanto charro el de Clotilde, eran en toda la acepción de la palabra una vivienda de soltero; en el dormitorio se veían: una gran cama de hierro sin cortinas y al pie de ésta una piel de tigre tendida sobre una alfombra monócroma, un armario atestado de escopetas numeradas, una mesa cubierta de yataganes árabes, pistolas griegas, puñales malayos y sables de Damasco; de las paredes colgaban cuadros de Delacroix y de Decamps y acuarelas de Boulanger y de Bonnington; en medio de una chimenea adornada de estatuillas de Barre y de Feucheres, se elevaba, sobre un reloj, un magnífico grupo de Barye, y detrás de la cama, á la mano, había una pila de agua bendita, obra de la señorita Fauveau. Tales eran los adornos de aquel retiro masculino, desde el cual se pasaba, por una puerta colocada en la testera y cubierta con una cortina, á un tocador tapizado de sencillo cutí especie de campamento establecido primeramente por Mauricio bajo el plausible pretexto de no despertar á su mujer en los días que salía para la caza, pero en realidad con el propósito de conservar su libertad.

Sólo nos falta añadir que con el mencionado tocador comunicaba una escalera de servicio, convertida en escalera señorial por mullidas alfombras que apagaban completamente el ruido de las pisadas.

Con todo, Mauricio, desde que cayera enfermo, había abdicado su voluntad en su madre y en su mujer, quienes le trasladaron al gran aposento estilo Luis XV, en cuya alcoba disponían todas las noches una pequeña cama para Clotilde. Además, transportaron al mencionado aposento el piano; de modo que, por el momento, no existía en la casa otro salón que esta pieza, en la cual la señora de Barthele y Clotilde habían al principio concentrado todo su afecto y luego con su afecto sus costumbres.

Aquel hijo en quien su madre idolatraba, aquel marido por quien su joven esposa parecía tan constante-

mente atenta, Mauricio de Barthele en una palabra, al cual es menester que por fin le demos á conocer cuanto nos sea posible á nuestros lectores, acababa de cumplir ventisiete años. Era uno de esos hombres á quienes por todos conceptos la suerte ha tratado con mimo, dándoles á la vez que un apellido ilustre y una gran fortuna, la distinción, que no con frecuencia dan la fortuna y el apellido. En efecto, era difícil hallar un hombre más gran señor de suyo que Mauricio de Barthele; la prenda más sencilla, llevada por él, cobraba al instante un sello de aristocracia perfecta. Nadie como él en París llevaba los cabellos más cuidadosamente compuestos, ni lucía coches más elegantes, ni vestía con más gusto. Hábil en todos los ejercicios del cuerpo, montaba á caballo como Daure y Makensie, tiraba la espada cual consumado maestro, y á veinte pasos partía una bala sobre el filo de un cuchillo. Dueño de su fortuna hacia siete años, libre de sus acciones desde su mayoría, había gozado á sus anchas la vida devoradora de París, sin que nunca una voluntad extraña se hubiese opuesto á la suya; no obstante lo cual, menester es confesarlo, guardó una conducta tan ejemplar, que el hombre más rígido y escrupuloso no pudiera haberle reprochado ninguno de sus actos: en efecto, viviendo, como vivía, en medio de la sociedad más selecta, amigo de los jóvenes que llevaban un apellido que debían hacer respetar y ocupaban una posición social que debían sostener, el respeto al decoro y el sentimiento de su dignidad personal le habían preservado de los desórdenes en que, desde la revolución de 1830, algunos jóvenes se arrojaban insensatamente como para desquitarse de la sujeción en que vivieran en los últimos años del reinado de Carlos X.

Así pues, Mauricio de Barthele, hombre á la moda en aquella sociedad superior á la moda, en la acepción vulgar de la palabra, llamaba la atención doquier aparecía, no por la regularidad típica que admiramos en las artes, sino por el atractivo personal, por esa expresión particular superior en alto grado, desde el punto de vista de la impresión, que hace nos sintamos atraídos como á pesar nuestro hacia quien los posee. Su rostro tenía la

palidez fresca y mate que constituye la distinción de los hombres morenos, y formaban admirable marco á éste su hermosa y negra cabellera y su barba de azulados reflejos; sus manos y sus pies, estos dos distintivos aristocráticos, eran citados por su primorosa pequeñez, y por último, había un no sé qué tan vago y melancólico en la expresión habitual de su mirada y en la distraída sonrisa que la acompañaba, y sus ojos, por el contrario, despedían una llama tan intensa cuando en él la animación sucedía á la tranquilidad, que á nadie se le había ocurrido aún comparar á Mauricio con quien quiera que sea. Él, sin embargo, bueno, sencillo y benévolo, parecía ser el único que ignoraba su superioridad.

Sin ser sabio ni artista, Mauricio no era lego en ciencia ni en arte alguno. Conocía lo bastante la física y la química para entrar en disquisiciones médicas con The-nard y Orfila; sin ser artista, en la acepción verdadera de la palabra, que en todas ocasiones indica cierta superioridad práctica, con ayuda del lápiz podía traducir su pensamiento ó conservar un recuerdo. Completamente ajeno, en la apariencia, á la política, habíale sin embargo acontecido con suma frecuencia, cuando Mont-giroux, rodeado de sus compañeros de ambas cámaras, exponía en el salón de la señora de Barthele, un asunto de actualidad, ilustrar de improviso, desde el grupo en que él se encontraba, dicho asunto con una palabra tan luminosa, que ésta permanecía brillando hasta que la sandía rutina de dos ó tres de aquéllos la sumergían de nuevo en la oscuridad tirándola al codillo. Algunos ministros semi apóstatas, quienes, jóvenes, compartieran las opiniones políticas de Mauricio de Barthele, opiniones que nada tenían de odioso ni exclusivo, habían querido convertirle ya en empleado, ya en diplomático, ya en consejero de Estado; pero Mauricio no accedió nunca, pretextando que su amor á la familia era una especie de culto suave y religioso que no admitía ingerencia alguna, lo cual no impedía, cuando el joven se encontraba, como acontecía á menudo, en algún salón de la flor y nata de la aristocracia con el príncipe nuestro que en aquella época era el único á quien su edad le permitía ya fre-

contarlos, que abiertamente hiciese justicia al talento y al valor de éste, así como tributase todas las muestras de respeto á su nombre y á su categoría; manifestaciones que el príncipe á quien acabamos de designar apreciaba grandemente. Así es que en Chantilly como en Versalles, en las carreras de caballos ó en el campo, Mauricio era objeto, por parte de aquél, de una atención personal y particular, que éste sabía apreciar admirablemente.

Ya hemos dicho que al casar con Clotilde, Mauricio únicamente había experimentado por ella un afecto puramente fraternal. El matrimonio era, á su modo de ver, no sólo una puesta á la lotería, una probabilidad de dicha, sino un medio natural de poner fin á la vida aventurera que le arrastraba en su torbellino dejándole vacío el corazón. Con todo, Mauricio había hallado un provecho en sus relaciones con las mujeres á quienes hasta entonces conociera; y este provecho consistía en conocer la diferencia que separa la experiencia consumada del candor. El afecto que su mujer le llevaba asumió, pues, para él, un aroma de castidad y de frescor hasta entonces desconocido. Acostumbrado á verla casi todos los días, la había mirado sin estudiarla; pero cuando estuvieron solemnemente unidos, cuando el sacerdote hubo hablado de sus deberes á Clotilde y de sus derechos á Mauricio, la idea de la posesión pasóle al corazón desde la cabeza, un deseo tímido le condujo al análisis, y el análisis le hizo descubrir, en la que estaba destinada á ser la compañera de su vida, gracias naturales, cualidades apreciabilísimas, y una amenidad tan real y tan suave, que el joven experimentó una enajenación inesperada y por un instante se forjó la ilusión de que estaba enamorado de su mujer. Y en este punto retamos al teólogo más sutil á que fije la diferencia que existe entre estar enamorado y creernos que lo estamos.

Por lo demás, como la nueva vida que llevaba Mauricio prolongaba su error, á no tardar los caprichos de hombre que se establece sucedieron al aturdimiento de las impresiones primeras. Á su regreso de Italia el joven había encontrado la quinta reconstruida y el

jardín modificado conforme á los dibujos que él hiciera. Entonces fué cuando entró á saco la antigua tapetera de la familia y llamó á los mejores tapiceros de París para hospedar su dicha. Mauricio había empezado por el palacio de la calle de Varennes, revolviéndolo todo de arriba abajo; tal era el placer que experimentaba en destruir lo pasado para edificar lo porvenir. No le bastaba el tiempo para verlo, aprobarlo, escogirlo y comprarlo todo. Animado por su madre y permitiéndole su cuantiosa hacienda satisfacer todos sus caprichos, conservaba la serenidad y las ilusiones de su alma. Terminado el palacio, había llegado su vez á la casa de Fontenay, á la que Mauricio convirtiera en la deliciosa quinta que hemos visto; de modo que, de los tres años de matrimonio que éste llevaba, habían transcurrido dos y medio en viajes, en construcciones y en felicidad, sin que la más ligera nubecilla hubiese empañado el cielo puro y casi brillante de su horizonte conyugal.

Clotilde era completamente dichosa; sobre todo durante los últimos seis meses transcurridos, Mauricio pareció haber redoblado, si no el amor, á lo menos sus atenciones para con ella. Es verdad que salía con más frecuencia; pero á su regreso le traía siempre alguna pieza chinesca de Gansberg, ó una preciosa acuarela comprada en casa de Susse, ó bien una artística alhaja labrada por Marlé. Por lo demás no faltaban los pretextos: era menester ir á tirar el florete en casa de lord S...; corresponder á la invitación del conde de L... para una cacería; asistir á una comida de soltero, en el café de París, con el duque de G... ó el conde B..., y para remate no faltar al Jockey Club, eterno y singular cómplice de los amantes que se entibian ó de los maridos que se aburren. Clotilde aceptaba todas estas excusas, que ni siquiera pedía. Su vida se deslizaba suave, apacible, uniforme, sin languidez y sin emociones, sin sospechas y sin tedio. Cuando era menester presentarse en sociedad, ¿por ventura no estaba siempre pronto á acompañarla su marido? ¿y éste, en tales casos, no era siempre el mismo Mauricio galante y solícito á quien conociera? Todas sus amigas y conocidas, al verla tan

hermosa y suponiéndola tan amada, sentían el torcedor de la envidia, y la de Neuilly, su prima, la más cruel é implacable reveladora de todos los pequeños secretos que torturan el corazón de una mujer, iba á verla cada quince días, sin que nunca hubiese hallado ocasión de denunciarle una mala acción de su marido. Como hemos dicho, pues, Clotilde era verdaderamente dichosa.

Por su lado, la señora de Barthele no veía una sola vez al conde de Montgiroux sin que ambos se diesen mil enhorabuenas de haber tomado la atinadísima determinación de casar á los dos jóvenes.

Habían pues llegado aquellos seres á un grado de dicha doméstica del que sentían no podían ir más allá, cuando de la noche á la mañana notaron un cambio asombroso en el carácter de Mauricio. Primeramente se puso imaginativo, luego melancólico, y por fin cayó en profundo marasmo, contra el cual él mismo ni siquiera ensayó luchar, y del que no pudieron distraerle ni la solicitud de su madre ni las caricias de su esposa; inspirando, á no tardar, tal inquietud semejante estado de atonía, que las atribuladas mujeres reclamaron el auxilio del médico. Éste á la primera mirada conoció en el mal de Mauricio toda la gravedad que existe en las dolencias de las cuales el enfermo no quiere sanar, y no ocultó á la señora de Barthele que el origen de la enfermedad de su hijo reconocía por causa una profunda afección moral. La señora de Barthele interrogó al barón del mismo título, hombre de mundo, como hubiera interrogado á Mauricio estudiante, creyendo, como todas las madres, que su hijo debía no tener secreto alguno para ella; pero Mauricio, con grande admiración de la baronesa, había guardado su secreto, aunque negando que tal secreto existiese. En una palabra, su estado había llegado al extremo que inspiraba las graves inquietudes de que hemos oído hacer mención á la baronesa en su conversación con el conde de Montgiroux desde el principio de esta historia, inquietudes que el grave par de Francia, debemos confesarlo, tal vez no compartiera con todo el interés que le imponían los lazos secretos que le unían á la familia.

En efecto, desde su llegada á Fontenay y del ruego que le dirigiera la señora de Barthele, de que le consagrara todo el día y la mañana del día siguiente, el conde parecía por demás preocupado. Cierta es que semejante preocupación así podía originarse de la enfermedad de Mauricio como de una causa distinta, pero únicamente á ojos extraños; y es evidente que dicha preocupación, que no había pasado inadvertida del todo á la señora de Barthele, hubiera para ésta sido mucho más visible, á no ser la suya personal en que á su vez estaba sumergida.

Ya en el salón, la baronesa invitó al conde á que se sentara, y volviendo á las inquietudes maternas que por un instante se señorearan de su ánimo, aunque no pudiendo arrojar completamente de sí la volubilidad que le era innata, continuó:

—Le decía á V., pues, amigo mío, que Clotilde es un ángel. Verdaderamente hemos obrado bien al casar á esos muchachos. ¡Si supiese V. qué cariñosos cuidados prodiga á su marido, con cuánta ternura se los agradece nuestro Mauricio, y con qué acento la dice éste, tomándole las manos: «¡Perdóname la pesadumbre que te ocasiono, mi buena Clotilde!» Pero ahora sabemos qué significan las palabras que él repetía sin cesar; conocemos la falta de la cual solicitaba su perdón.

—Pero yo, repuso Montgiroux, lo ignoro todo, y como V. me ha hecho quedar para comunicármelo, espero, mi querida amiga, que hará por dominar sus emociones y coordinar un poco sus ideas, á fin de que me sea dable seguir las hasta el fin.

—Tiene V. razón, dijo la señora de Barthele; voy derecha al asunto. Escúcheme V.

La recomendación era tan inútil como irrisoria la promesa.

III

En efecto, á la señora de Barthele, como habrá advertido el lector, el cielo la había dotado de corazón excelente, pero dádole en cambio el carácter menos metódico que se pueda imaginar. En su conversación, por lo demás galana y original, iba á tontas y á locas, y no llegaba al fin de ella, cuando por acaso así acontecía, sino al través de mil digresiones. Para sus oyentes era obra de romanos seguirla en los diferentes terrenos en que se colocaba, pues su marcha era la del caballo en el juego de ajedrez. Los que la conocían, siempre cogían de nuevo el hilo del discurso, ó más la obligaban á que de nuevo lo anudase; pero los que la veían por vez primera empeñaban con ella una conversación en la que á cada paso se rompía la unidad de las ideas, y pronto la fatiga les obligaba á renunciar á ella. Fuera de esto, la señora de Barthele era mujer de prendas, y merecía elogios por cualidades reales, raras en una sociedad que se contenta en aparentarlas. Esta falta de ilación en las ideas, que acabamos de afearla, daba á su conversación algo de impensado, que no era desagradable para aquellos que, como Montgiroux, no sentían priesa por llegar al término de ella. Era un carácter atropellado y franco, cuya franqueza y atolondramiento habían conservado el hechizo del candor; lo que pensaba escapábasele de los labios como el vino excesivamente saturado de gases se escapa de la botella cuando la destapan. Sin embargo, su educación aristocrática y la costumbre de la sociedad encumbrada, quitaban á semejantes vicios innatos, que, llevados á la exageración, pueden convertirse sino en un defecto, á lo menos en un inconveniente, cuanto podían tener de áspero y de anómalo. La gazmoñería de los miramientos sociales enseñados por el solfeo del buen vivir la llamaba prontamente al diapason general, al compás, á la nota de la armonía social; sólo por lo vul-